

Mujeres rebeldes: guerrilleras indígenas en Guatemala

Ana López Molina*

RESUMEN

En 2006 se llevaron a cabo encuentros de mujeres rurales donde se reunieron participantes de varias organizaciones, tanto mixtas como sólo de mujeres. En esa ocasión, afloró por primera vez la necesidad de un grupo de ser reconocidas como excombatientes. A través de la participación en la Red de Mujeres de Plataforma Agraria, estas conversaciones fueron dando forma a una demanda específica: la de la palabra escrita como forma de reconocimiento. En 2007 visitamos a las mujeres de Kumool, organización en la que participan las excombatientes, que querían un libro que narrara su paso por la guerrilla. Este artículo recoge lo que han expresado, alrededor de algunos ejes (el cuerpo, los sentimientos y la memoria actual), así como las reflexiones sobre la memoria que hemos elaborado luego de participar en el proceso de escuchar, transcribir los relatos, organizarlos y ponerlos en el contexto sociohistórico guatemalteco actual.

Palabras clave:

Guerrilla; mujeres indígenas; memoria; genocidio.

* Licenciada en Antropología (Universidad de San Carlos de Guatemala) y maestranda en Ciencias Sociales (FLACSO, Argentina), con una beca del Ministerio de Educación. Fue docente en la Escuela de Historia (Universidad de San Carlos) y en la Facultad de Humanidades (Universidad Rafael Landívar). Desde 2003 es investigadora del Área de Estudios sobre el Campesinado de la Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales (Guatemala); y desde 2012 del Instituto de Investigación para la Incidencia en Educación y la Formación Docente, Educa Guatemala.

Rebelious Women: Indigenous Guerrilla in Guatemala

ABSTRACT

Rural women belonging to different organizations joint in 2006 to meet and discuss. That was the first time the ex guerrilla women expressed their desire to be recognized as such. By being part of Red de Mujeres de Plataforma Agraria, which joins women from peasant organizations, this desire became a demand: recognition through written word. The research team visited Kumool, the organization from which these women take part, in 2007 and they were sure about wanting a book about their experiences as combatants, about living in the highland jungle, which made them what they are today. The result was more than just a testimonial compendium, which took many discussion time. We organized their stories in three blocks: the body, the feelings and the current situation. The present article comprises what the stories tell about these three topics, along with some reflections about memory, which are the result of participating in the process of listening the narrations in Guatemala's sociohistory.

Key words:

Guerrilla; Indigenous

Women; Memory; Genocide.

Las raíces de la lucha

Guatemala vivió una guerra conocida como Conflicto Armado Interno, cuyos principales protagonistas fueron organizaciones guerrilleras de corte marxista comunista y el Ejército Nacional. El conflicto se inició en la década de 1960 y se extendió hasta el final de la década de 1990. Su origen se remite a 1954, cuando la intervención de Estados Unidos puso fin a una década de gobiernos revolucionarios durante la cual los derechos de ciudadanía fueron ampliados¹, y que fue iniciada a partir de lo que se conoce como la Revolución de Octubre de 1944. Los gobiernos subsiguientes, al final de lo que ahora se nombra como la “primavera democrática”, no tuvieron el apoyo popular y fue el intento de derrocamiento del presidente Ydígoras Fuentes en noviembre de 1960, por parte de oficiales sublevados, lo que dio origen a las primeras guerrillas. El inicio de la década de 1980, cuando las organizaciones guerrilleras formaron la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)², marcó también su éxito entre las poblaciones rurales, a la vez que la sostenida presencia urbana. Fue entonces que el Ejército cambió a una estrategia enfocada en las poblaciones de apoyo, utilizando mayores recursos financieros, humanos y de equipo para “quitarle el agua al pez”.

En 1985, después de una seguidilla de gobiernos militares entre 1954 y 1984, inició la nueva era democrática, con un presidente civil con amplio apoyo popular. El final de la década de 1980 también significó la búsqueda de la pacificación de la región centroamericana. Se inició la negociación y firma de varios acuerdos (1991-1996) que atendían los problemas que se identificaron como los generadores del conflicto, entre estos, la situación socioeconómica y agraria; la identidad y derechos de los pueblos indígenas; el reasentamiento de las poblaciones desarraigadas; y otros relacionados a la incorporación de la URNG a la vida política legal del país, el establecimiento de una comisión de verdad y el cronograma de desmovilización de los guerrilleros. Se finalizó con el Acuerdo de Paz Firme y Duradera el 29 de diciembre de 1996.

El presente artículo aborda parte de la experiencia de la guerra y la paz en la región ixil, al norte de Guatemala, que abarca tres municipios del departamento de Quiché: Chajul, Cotzal y Nebaj. Este último es el más urbanizado, pero no por ello registra mejores condiciones de vida³. En esta región, 95 % de los y las habitantes pertenecen a la etnia ixil, una de las 21 de origen maya que componen la diversidad cultural guatemalteca, y 60 % no habla castellano. La alimentación está casi exclusivamente centrada en el maíz y el frijol, que son cultivados por cada familia para el consumo, junto

1 Derecho al voto femenino, a educación para indígenas, Código de Trabajo, Seguridad Social, promoción de la organización gremial campesina y obrera, reforma agraria, entre otros.

2 Se formó en 1982 aglutinando a los frentes guerrilleros que permanecían activos: las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) y el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), además del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Después de la firma de la paz se convirtió en partido político y ha participado en las contiendas electorales municipales y nacionales.

3 El departamento de Quiché es el más pobre del país, según la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (INE, 2006). El Informe de Desarrollo Humano (PNUD, 2005) registra que el 87 % de los ixiles subsiste con menos de un dólar al día, y que junto con la etnia ch'orti', tienen menos acceso a educación, salud y fuentes de ingreso.

con brócoli, papa y repollo, que se comercializan en la zona. La mayoría de las familias no logra producir lo necesario para el año, por lo que se ve obligada a comprar estos productos, destino que le dan a buena parte de los ingresos que generan en tareas productivas que por lo general se relacionan con la cosecha de café, lo que implica migración a las grandes plantaciones de la boca costa⁴ por dos o tres meses al año. El pago por jornal en las fincas al momento de la investigación (2007) era de un poco menos de dos dólares, un tercio del salario mínimo para trabajadores agrícolas vigente en ese momento. Los mecanismos de coerción para el trabajo temporal en las fincas de café se establecieron durante el proceso de expropiación posterior a la colonia, y sobre todo al final del siglo XIX, cuando se despojó sistemáticamente de tierra a las comunidades indígenas para otorgarlas a extranjeros y mestizos, considerados más capaces para hacerlas producir. Investigaciones como la de Colby y van den Berghe (1977) dan cuenta de la disminución en la capacidad de autoabastecimiento a partir de la implantación del peonaje y el trabajo forzado.

Desde entonces la región ha estado sometida a políticas económicas de “desarrollo” que se basan en la acumulación de tierra y recursos en un núcleo de privilegiados en detrimento de la población trabajadora, con un trasfondo racista que atraviesa la historia guatemalteca. Los últimos proyectos previstos para la región incluyen exploración y explotación minera, hidroeléctricas y privatización del agua. La inversión nacional y extranjera en infraestructura, turismo y artesanías ha servido poco al desarrollo de la región y a la consecución de demandas recurrentes como tierra y salarios justos⁵.

La historia de resistencia de los ixiles⁶ da explicación a las posturas y decisiones actuales. La región no es ajena al conflicto, sobre todo alrededor del uso y posesión de la tierra, y de la disposición del tiempo y el cuerpo⁷. Durante la guerra, los ixiles (sin datos precisos de cuántos, pero con el consenso de que “casi todos”) especialmente en la década de 1970 se unieron a algunas de las varias formas organizativas que postulaban transformaciones estructurales en el país: las Comunidades de Base de la Iglesia Católica, el Comité de Unidad Campesina (CUC)⁸, los Comités Clandestinos de Lucha (CCL) (base de la participación social de la guerrilla), y las Comunidades de Población en Resistencia (CPR)⁹, o se adhirieron directamente al Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP)¹⁰ como combatientes o asumiendo otras tareas de comunicación y logísticas¹¹. En la primera conferencia del EGP en la región, en

4 Situada en la ladera montañosa de la Sierra Madre, en el descenso desde el altiplano hacia la planicie costera del Pacífico, con elevaciones de 300 a 1.400 msnm.

5 Para profundizar en estos datos contextuales, ver: Mazariegos (2007), Durocher (2002) y AVANCSO (2008).

6 Los ixiles fueron uno de los pueblos más difíciles de conquistar al momento de la invasión española. Desde la colonia han sido caracterizados como rebeldes y reacios a cooperar con las autoridades. Ver: Salvadó Mijangos (2003).

7 Por ejemplo, en 1936 se opusieron a cumplir la Ley de Vagancia, que obligaba a los pequeños agricultores (considerados vagos) a trabajar en las grandes fincas de café, y la Ley de Vialidad, que extendía la red vial para facilitar el transporte de los productos agrícolas de las grandes plantaciones. Ambos trabajos forzados carecían de pago. Por oponerse, fueron asesinados en la plaza de Nebaj siete Principales, autoridad máxima tradicional.

8 Fundado en 1978 por campesinos y campesinas, entre quienes figuraba Rigoberta Menchú Tum.

9 Se formaban de personas de diversas procedencias étnicas que huían a las montañas escapando de las masacres. Se constituyeron en comunidades cohesionadas que lograron desarrollar formas organizativas para el sostenimiento de la vida y la satisfacción de necesidades, mientras vivían en la clandestinidad. Diferentes gobiernos militares durante las décadas de 1980-1990 establecieron políticas para su reasentamiento, lo que algunas veces resultaba en su captura, en su búsqueda y aniquilamiento y, en otros casos, en el reasentamiento en las “aldeas modelo”, también conocidas como “polos de desarrollo”. Consistían en espacios controlados por el Ejército, donde se reasentaba población proveniente

Chajul, 1974, apareció la primera guerrillera ixil, Esther, vistiendo el uniforme verde olivo. El siguiente año, el *ajusticiamiento* del hacendado conocido como el Tigre de Ixcán inauguró la etapa de combate militar en la región. El Frente Ho Chi Minh fue el brazo armado del EGP en la zona. Por estos hechos y otros ocurridos desde el siglo XIX, el Ejército identificó a los ixiles como enemigos internos, reacios a cooperar con las autoridades ladinas y resistentes al servicio militar obligatorio y, por lo tanto, rebeldes que se convirtieron en blanco de una fuerte represión estatal.

El final negociado de la guerra no significó justicia ni mejores condiciones de vida para los ixiles. Muchas organizaciones y ONG funcionan en la zona, algunas financiadas por iglesias evangélicas de Estados Unidos, otras con dinero de otros países cooperantes. Algunas tienen un discurso de reconciliación y de “borrón y cuenta nueva”, mientras otras buscan mejorar el acceso a la tierra y el fortalecimiento de las economías campesinas¹².

Para los hombres y las mujeres excombatientes que salieron antes de 1996, el problema fue que no aparecían en las listas que la URNG entregó¹³. Los registros mostraban que las mujeres representaban el 25 % de quienes combatieron, pero al momento de lo que se conoció como la desmovilización¹⁴, sólo 400 mujeres, que correspondían al 15 % del total del listado, estuvieron presentes¹⁵. Quienes combatieron en la región ixil y asistieron a los actos de desmovilización se dieron cuenta de que la mayoría no obtuvo ninguno de estos beneficios –que en sí mismos no tuvieron los resultados esperados– y fue por ello que 600 se reunieron en 1999 para crear la Asociación para el Desarrollo Integral en el Quiché ADIQ-KUMOOL.

Kumool significa compañero/a. La Asociación trabaja desde una visión integral de resarcimiento para el pueblo indígena, que incluye la restitución material (tierra, vivienda e inversión); indemnización económica, reparación psicosocial y espiritual; rehabilitación comunitaria (capacitación, becas, alfabetización bilingüe); y dignificación a las víctimas (resarcimiento a víctimas de violencia sexual, pensión para viudas, exhumaciones y reconocimiento de cementerios, retiro de instalaciones militares). En sus planes económicos se han enfocado en la búsqueda de recursos técnicos y financieros para la producción (cultivos de autoconsumo como el maíz y el frijol) y la comercialización (café y hortalizas, principalmente). Trabajan en coordinación con otras organizaciones que les apoyan en lo jurídico, en la formación, y en las exhumaciones de compañeros caídos en combate en las montañas circundantes. Le dan especial importancia a la formación política y a la participación de bases. También se relacionan con organismos del marco institu-

de diferentes comunidades, etnias, regiones y experiencias relacionadas a la guerra. Los relatos recogidos por Salvadó Mijangos (2003) dan cuenta del control de rutinas diarias estrictas que iniciaban y terminaban con actos cívicos, organización del trabajo dentro y fuera de la aldea bajo estricta supervisión, necesidad de permisos escritos para salir y entrar a la aldea. El final era el de evitar el contacto y apoyo a la guerrilla, así como asegurar el aumento de las fuerzas militares a través de la organización de patrullas civiles con principios contrasubversivos. El proceso de organización y salida a la luz pública de las CPR puede encontrarse en Rostica (2014).

10 Organización guerrillera nacida en 1972, producto de la crisis de las FAR. Su actividad se enfocó en el Altiplano Noroccidental y Central. Seguía los principios de la guerra popular prolongada, lo que permitió que se articulara a organizaciones sociales y, más importante, construyera vínculos sólidos con las comunidades indígenas y campesinas, sus bases de apoyo. Las masacres cometidas por el ejército, así como las acciones de “ajusticiamiento” de terratenientes en las tierras bajas de Quiché les ganó al apoyo popular. Dirigentes del EGP participaron en las negociaciones de paz que dieron como resultado el fin de la guerra.

11 Para 1981, el EGP contabilizaba 250 mil integrantes en sus diferentes frentes guerrilleros, según indica el REMHI (ODHAG, 1998).

12 Por ejemplo, la Fundación Agros, cuyos orígenes están ligados a las “aldeas modelo” de la década de 1980 en la región, sigue funcionando en la zona con proyectos de desarrollo ligados a la exportación de artesanías, la agricultura de exportación y el ecoturismo, pero niega el genocidio y desecha formas económicas tradicionales por considerarlas subdesarrolladas (<http://fundacionagros.org/index.html>). Por otro lado, Plataforma Agraria planteó, durante la crisis del café en la primera mitad de los 2000, alternativas para superar la crisis, en las que se involucraba al Estado y a los productores (ver: Roldán, 2009). La Fundación Guillermo Toriello, creada en 1997 por disposición institucional de los Acuerdos de Paz, se ha enfocado en el desarrollo de diferentes poblaciones rurales e

cional creado para dar seguimiento al cumplimiento de los Acuerdos de Paz. Han formado parte, también, de Plataforma Agraria, órgano multisectorial que aglutina organizaciones campesinas de segundo nivel, pastorales de la Iglesia católica y un centro de investigación, la Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (AVANCSO).

Memorias rebeldes¹⁶

Esta investigación, realizada en 2007, cumplió con el deseo de un grupo de exguerrilleras de etnia ixil, del norte del departamento de Quiché, quienes querían que su historia fuera relatada y no olvidada. Requirió el trabajo conjunto del Equipo de Comunicación de Plataforma Agraria, AVANCSO y la Asociación Feminista La Cuerda¹⁷. La primera vez que esta demanda se planteó fue en el marco de encuentros de mujeres rurales en los que confluyeron campesinas e indígenas de diversas organizaciones de todas las regiones del país, en 2006. En el camino recorrido en conjunto, se fue gestando la forma en que esta demanda podía atenderse¹⁸. Las mujeres que participaron narrando su historia se unieron desde la adolescencia a las filas del EGP, fueron entrenadas, vivieron y combatieron en las montañas selváticas del departamento entre las décadas de 1980 y 1990. Cumplieron diversos roles dentro del EGP, de acuerdo a sus habilidades y capacidades: la cocina, la comunicación, la formación política, la atención en salud y el combate directo. En esas circunstancias recibieron instrucción primaria, aprendieron a leer, a escribir y a hablar el español.

Recordar la guerra es revivir sufrimiento. Participar de este ejercicio, en el presente, significó poner tiempo y recursos. Pero las excombatientes ixiles estaban seguras de lo que querían: un libro que narrara su historia. “Cuando fue la reunión en Tzabal, en 1997, algunas estábamos todavía en las CPR, otras fuera del Quiché. No teníamos información, estábamos desconfiadas, temerosas o agobiadas por la pobreza y las enfermedades, por eso ninguna de nosotras recibió un reconocimiento como excombatiente. Pero no sólo nosotras estábamos en esa situación, también muchos compañeros” (Hernández *et al.*, 2008: 7).

Ser mujeres combatientes las hizo sentirse “igualitas” a los hombres. Sus relatos explican cómo eran tratadas dentro de las filas guerrilleras, no de acuerdo al género sino de acuerdo a las capacidades. Al interpe-larlas sobre los discursos alrededor de los derechos de las mujeres la respuesta es contundente: “No, eso no se hablaba, todos éramos combatientes parejos, niños, adultos, mujeres y hombres” (Hernández *et al.*, 2008: 16). En el presente eso significa

indígenas de Guatemala. Su punto de partida fueron las poblaciones incorporadas a la legalidad después de años de participación en la guerrilla o de vivir en las CPR (<http://www.fgtoriello.org.gt/>).

13 Si algunos de los y las excombatientes no fueron reconocidos como tales y llamados a deponer las armas y ser beneficiarios de las políticas de desmovilización, se debió a la incapacidad de las organizaciones guerrilleras aglutinadas en URNG para llevar el control de todos los colaboradores. Esto, en parte, respondió a la necesidad de mantenerse en la clandestinidad, pero también al hecho de que muchos decidieron individualmente abandonar las filas guerrilleras para volver a sus comunidades o unirse a una CPR antes de la firma de la paz. Al regresar a sus comunidades perdieron los lazos para mantenerse informadas de lo que pasaba con las negociaciones y la desmovilización. En términos políticos, disminuyó el número oficial de participantes en la guerrilla, por lo que el número de involucrados se ha mantenido como una especulación. Para quienes participaron y no fueron reconocidos, en términos identitarios les deja fuera de todo, porque al volver a la comunidad muchos tuvieron dificultades para acoplarse a ella. Al respecto se cuenta con el testimonio de una mujer dirigente guerrillera, la Comandante *Lola*, quien afirma con tristeza que URNG no tuvo la capacidad técnica ni política, y menos los recursos económicos, para mantener registros ni comunicación con sus miembros. “Con honestidad les digo que fue absolutamente imposible, con el dolor del corazón reconozco que no había forma de garantizar los contactos, tampoco se pudo asegurar la información, las relaciones ni la cohesión”. (Hernández *et al.*, 2008: 96).

14 Los desmovilizados recibían un documento que les calificaba para obtener 10 mil quetzales en proyectos productivos, muebles y enseres. El informe de MINUGUA de 1999, da cuenta de que estos proyectos no beneficiaban a muchos y más bien requerían esfuerzos mayores para su sostenimiento. En 2002, un informe de OXFAM revela que quienes fueron desmovilizados no habían mejorado su condición de pobreza, padeciendo una situación similar a la de quienes no recibieron ningún apoyo.

que siguen siendo mujeres indígenas, pero cuando preguntamos si son iguales que las demás mujeres nos respondieron así: “Saber... pero, haber estado en la montaña¹⁹... ahí nos salió nuestro miedo. Yo lo veo con otras mujeres, las que tienen mucho miedo no quieren hablar, van a reuniones y se quedan mudas” (Hernández *et al.*, 2008). Poder participar en las actividades militares sin limitaciones por ser mujeres fue la reivindicación inicial que les permitió entrar y permanecer. A pesar de que son experiencias de mucho sacrificio, sufrimiento, miedo y dolor, expresan regocijo y orgullo cuando relatan el manejo de armas, las acciones de resistencia, el trabajo en equipo y la conducción de escuadras²⁰; así como el desempeño de otras tareas ajenas a los roles tradicionalmente femeninos como la comunicación, que implicaba llevar mensajes y moverse solas, a pie o en transporte colectivo, entre puntos alejados, o hacer guardia por las noches. Las tareas relacionadas con esos roles tradicionales de cuidadoras y sostenes de las relaciones sociales fueron puestos al servicio de la organización ubicando mujeres en servicios médicos, formación política y organización. Cocinar, conseguir leña y lavar eran tareas que asumían indistintamente hombres y mujeres. Para el combate, la selección se basaba en las capacidades individuales. Una comandante afirma que las mujeres demostraron que se desempeñaban bien como combatientes.

Las mujeres dentro de Kumool tienen su propia junta directiva y toman algunas decisiones para emprender acciones colectivas. Con esta investigación respondimos a una iniciativa de ellas. Nosotras, cinco mestizas, todas distintas en cuanto a ocupación, edad, nacionalidad y experiencia, fuimos encontradas por ellas, que ya llevaban un proceso reflexivo en cuanto a ser mujeres en la guerra y la paz. La interlocución nos dejó claro que no se trataba de hacer un compendio de testimonios, tampoco biografías etnográficas. Conseguimos una narrativa diferente al hacer énfasis en las rebeldías, en la mirada hacia sí mismas, comenzando por la niñez, pasando por la guerra y retomando el futuro. Era indispensable conocer sus casas, sus familias, su papel en Kumool. Hicimos reuniones, entrevistas individuales y visitamos sus hogares o las acompañamos a sus labores. El resultado final recoge sus testimonios desde el antes, el durante y el después de su incursión en la lucha armada, con sus dudas, anhelos y reclamos; sus esperanzas y sus desilusiones. Una narración desde el cuerpo, desde la lucha y desde la memoria donde se entremezclan las voces de ellas y las nuestras. ¿Cómo hacer para que su palabra y nuestras observaciones se articularan para rescatar aquellos aspectos sensibles que representan partes sustanciales de sus experiencias? El resultado es el libro *Memorias Rebeldes contra el Olvido, PaasantzilaTxumb'al Ti' Sotzeb'alK'u'P'*.

15 Un recuento de los procesos de pacificación posteriores a los Acuerdos de Paz se puede encontrar en González Martínez (2012).

16 “Rebeldes” era como los documentos oficiales y militares se referían a los miembros de la guerrilla. Es una categoría que fue reapropiada y reivindicada por los mismos guerrilleros y sus colaboradores. Las mujeres de Kumool y otras organizadas la han adoptado para ellas mismas porque entienden que en su historia personal se han rebelado ante las imposiciones de clase, etnia y género. Cuando se habla de y con “ellas” en este artículo se hace referencia a las 28 mujeres que ofrecieron su relato para la elaboración del libro (ver Hernández *et al.*, 2008).

17 El equipo de periodistas y antropólogas lo conformamos: Rosalinda Hernández Alarcón, Andrea Carrillo Samayoa, Jacqueline Torres Urizar, Ligia Z. Peláez Aldana y la autora del presente artículo.

18 “Fue un proceso que empezó en Uspantán cuando fuimos a una reunión de la Red de Mujeres. Comenzamos a platicar y a ver la posibilidad de que las compañeras de AVANCSO y Plataforma Agraria nos ayudaran. Después ellas hablaron con las periodistas de laCuerda. Cuando todas ellas vinieron las primeras veces, hablamos muy claro. (...) queríamos un libro bien hecho y completo que sirviera de reconocimiento de nuestra lucha en la montaña, que reuniera nuestras experiencias para poder heredarlo a nuestros hijos” (Hernández *et al.*, 2008: 8).

19 “La montaña” es una especie de eufemismo para referirse a la pertenencia a la guerrilla. Es una figura que contrapone comunidad-bosque, y que hace referencia a la clandestinidad abrigada por la espesa selva de las montañas que circundan los poblados del altiplano.

20 Había jefes de escuadra (puesto más alto desempeñado por algunas mujeres ixiles) con siete combatientes a su cargo. El jefe de pelotón tenía cuatro escuadras a su cargo.

21 Hernández Alarcón, Rosalinda; Carrillo Samayoa, Andrea; Torres Urizar, Jacqueline; López Molina, Ana; y Peláez Aldana, Ligia Z. (2008). *Memorias Rebeldes contra el Olvido, PaasantzilaTxumb'al Ti' Sotzeb'alK'u'P'*. Guatemala: laCuerda-Plataforma Agraria-AVANCSO.

La historia y la memoria de las mujeres²²

La memoria se inscribe en el cuerpo, en las figuras que forman las cicatrices, las estrías, las consecuencias de una mala alimentación. El cuerpo relata la historia personal, pero lo hace también desde lo colectivo: es una memoria que es y no es, a la vez, propia. El relato de la memoria, y sobre todo de la memoria de rebeldía, ayuda a desnaturalizar jerarquías y costumbres patriarcales. En la experiencia compartida se hacen evidentes las desigualdades de género que son parte constitutiva de la identidad. En las narraciones recogidas las mujeres entrevistadas cuestionan estas desigualdades y develan las luchas, las grandes, armadas, y las pequeñas, cotidianas, que las forman y transforman.

EL CUERPO: RELATOS ÍNTIMOS

Los relatos sobre el cuerpo fueron difíciles de elaborar. Hay vergüenza y muchos temas tabú. Risas nerviosas, silencios, miradas esquivas. Nosotras les aseguramos respetar su privacidad, por eso los relatos en esta parte son anónimos, como anónimas han sido ellas en la historia, incluso durante la desmovilización.

Elas comparten el haberse unido a la guerrilla siendo adolescentes de 12, 13 o 14 años. Desde niñas estaban viviendo en carne propia la política contrainsurgente: asesinato sistemático de poblaciones enteras; destrucciones de viviendas, sembradillos y animales (tierra arrasada); y reasentamiento en “aldeas modelo”. En los relatos, los padres tienen gran relevancia en la decisión de alzarse en armas, así como también el miedo a sufrir agresiones sexuales o a ser asesinadas por el Ejército.

Esta decisión tuvo varias consecuencias en sus cuerpos. Una fue el cambio de vestimenta: del uso exclusivo del traje regional compuesto por corte (falda), güipil (blusa) y cinta en el pelo, pasaron a vestir el uniforme verde olivo, camisa, pantalón y botas. Además tuvieron educación sexual, algo que en casa no hubieran recibido. Ahí aprendieron sobre la menstruación, la prevención de embarazos y el derecho a decidir cuántos hijos y cuándo tenerlos, así como de elegir o no una pareja. Significó, también, cierto control, ya que tenían instrucciones explícitas de no sostener relaciones sexuales y no embarazarse²³ mientras estaban en “la montaña”. Casi ninguna sabía sobre la menstruación. La organización guerrillera incluía comisiones de salud e higiene, que orientaban a hombres y mujeres, asistían en caso de padecimientos y otorgaban toallas para ellas. De todas formas, muchas lloraron al recordar la menarquia. “Si estás entre 10 o 15 hombres y menstruás vos, tenés que tener confianza con un hombre, el del mando tiene que tener una idea” (p. 60).

22 Los extractos de los testimonios que aparecen en este apartado provienen del libro que resultó a partir de la demanda de reconocimiento de este grupo de exguerrilleras, y se indica las razones por las que son anónimos, se identifican con seudónimos o se usa el nombre completo, así como el número de página en donde aparecen en el original.

23 El control de la reproducción respondió en parte a una estrategia para mantener la participación femenina, ya que el embarazo fue la mayor causa para el abandono de las filas. La vida en las filas guerrilleras abarcaba la cotidianidad, y por eso la preocupación por la educación sexual, igual que la alfabetización. Además, al ser casi todas adolescentes, vivían la menarquia en la montaña. Era un tema que no podía ignorarse. Las charlas eran dadas por los y las encargadas de salud.

Gracias a esta experiencia, reconocen en el sexo el placer, además de la función reproductiva, aunque lo ven posible solamente con el marido. Por último y muy importante, aprendieron que tienen derecho a una vida sin violencia sexual ni doméstica, y a tomar decisiones sobre su cuerpo, aun cuando no siempre lo ejercen.

La división sexual del trabajo también se trastocó, según nos explicó un hombre que estuvo al mando: “no existe diferencia en el miedo y la puntería” entre ambos sexos. Ellas aseguran que estando en la montaña conocieron el respeto entre hombres y mujeres. Sin embargo, reconocen que hubo mandos que quisieron aprovecharse de su puesto para obtener favores sexuales, pero ellas no accedieron. Los excombatientes reconocen que en este sentido, y en el combate, ellas fueron muy valientes: “Conocí combatientes más valientes que los compañeros donde hicimos recuperación de armas, las mujeres fueron las que se lanzaban a hacerlo. Las compañeras tenían fuerza para cargar a guerrilleros heridos y salvarles la vida” (p. 53).

Los relatos sobre la niñez, es decir, antes de alzarse en armas, no contienen juegos, sueños ni diversión. “Yo no tengo historia porque no conocí a mi mamá ni a mi abuela. Cuando chiquita me fui a trabajar con mi papá con el azadón y el machete a limpiar la milpa, yo también sé moler en piedra. No me pusieron en la escuela, me levantaba a las cuatro de la mañana, mucho trabajo, desde temprano a cargar agua, barrer, hacer almuerzo, dejar (llevar) almuerzo” (p. 55-56).

Una de las reflexiones recurrentes en ellas es que al volver a las comunidades la vida volvió a ser la misma de la niñez: encerradas en sus casas, sin poder decidir sobre sus cuerpos, en condiciones de vida indignas y que atentan contra su salud, sin posibilidades de educación, como lo evidencian estas palabras: “mi esposo quería tener hijos, pues, entonces tuve los cinco, hasta seis, pero se me murió uno. Yo no quisiera tener tantos hijos (...)” (p. 70).

La salud es uno de los aspectos que muestra más consecuencias de su paso por la guerrilla y la vida que han llevado posteriormente. Algunas tienen heridas de bala que les provocan dolor constante, otras perdieron algunas partes de su cuerpo, como un ojo o un dedo. La salud emocional también está muy descuidada, la muerte les ha marcado desde antes de unirse al combate, e incluso después han tenido que ver hijos morir, algunos antes de nacer.

EL CORAZÓN: RELATOS AFECTIVOS

Cuando hablamos de las razones y las emociones es cuando volvemos a pasar por el corazón las experiencias. Las preguntas que

les hicimos invitaban a reflexionar sobre los motivos por los que se alzaron, sus aprendizajes y sus frustraciones. En esta parte, donde con más fuerza hablan sobre su experiencia en la guerrilla, los relatos ya no son anónimos, son clandestinos. Aparecen sus seudónimos, el nombre con el que fueron conocidas durante sus años en el EGP. Algunas estuvieron dos o tres años, otras llegaron a permanecer dieciocho o veinte años “en la montaña”.

Lo único que la realidad les ofrecía era hambre, muerte y discriminación. No sorprende que después de sobrevivir a una masacre, o a manera de prevención, muchas decidieran alzarse, como lo cuenta *Margarita*: “las balas del ejército alcanzaron a un mi hermano y quedó muerto, entonces me fui a la guerrilla, no le dije nada a mi papá, solo pensé voy a combatir, voy a aprender cómo se porta un arma. (...) Mi pensamiento fue que los ejércitos tienen que pagar porque mataron a mi hermano” (p. 78). *Estela* relata desde el recuerdo doloroso de la masacre en la que murieron sus abuelos, afirmando que se unió a la guerrilla para saber si le era posible, como mujer, tomar un arma, y por “la cólera que sentía por mis abuelos” (p. 79). Dentro de la organización guerrillera conocieron el sueño de una Guatemala distinta, y lucharon por ello.

Muchas huérfanas, todas sobrevivientes, encontraron en la guerrilla compañía, apoyo, seguridad y comunidad. El miedo, impotencia y sentimientos de venganza cedieron ante el respaldo y la protección que encontraron en el EGP. Algunas se unieron por sugerencia de los padres, como resultado de las acciones organizativas en las comunidades o como parte de una apuesta de familia, en la que varios miembros se alzaban. Otras llegaron como único recurso luego de quedarse solas y haber presenciado el asesinato de sus familias a manos del Ejército. Otras lo hicieron como acto de rebeldía, dejando la casa paterna sin permiso, y sólo regresando algún tiempo después para hacerles saber que estaban bien.

En los relatos se hace evidente el tránsito del odio al sentido de la lucha. Pocas afirman haberse unido conscientes del trasfondo político de la lucha, pero todas llegan a ese entendimiento de que lo hacían por algo todavía más grande que sus familias y sus comunidades, o una venganza o ira justa. El uso de diferentes armas, desde un revólver hasta una ametralladora que debían transportar entre dos, les causa orgullo. Se sentían fuertes cuando estaban armadas y entrenadas para usar y mantener en buen estado sus fusiles y carabinas. Eran apenas niñas que iban creciendo y madurando en medio del combate y la vida comunitaria en la montaña. Haber crecido así les enseñó una forma diferente de identificar su sexo, no ligado a las tareas del hogar y reproductivas como ocurre con la mayoría de las mujeres. “¿Será que puedo hacer lo que hacen

los compañeros?, ¿será que no seré capaz?” es la pregunta que *Lina* (p. 80) se hizo, y la que casi todas las demás se hicieron a sí mismas antes de dejar el hogar para ir a la montaña. Los padres y abuelos de muchas pensaron que no iban a poder, que su capacidad física se vería superada, o les hacían ver que su lugar era en la familia: “sos la mayor y quién va a cuidar a tus hermanos y a tus abuelos” (*Irma*, p. 80).

A pesar de haber iniciado su vida como guerrilleras tan jóvenes y que era una decisión en medio de sentimientos de pérdida, de dolor, miedo e incertidumbre, encontraron en la organización armada una “madre” que se ocupaba de todas sus necesidades. La Comandante *Lola* lo expresa así: la organización “era la madre que solucionaba los problemas o te castigaba, si queríamos tener un hijo pedíamos permiso, te protegía y te resolvía si tenías un dolor, si necesitabas calzones o corte de pelo. La vida colectiva que tuvimos nos sostuvo, nos alimentó, nos dio fuerza” (p. 73).

También hay sentimientos de frustración debido a que no pudieron aprender todo lo que esperaban. Algunas no consiguieron aprender a leer y escribir, o adquirieron nada más un español rudimentario. Y todas están conscientes de que después de la lucha y lo que implicó, ahora siguen viviendo en la misma pobreza que conocieron de niñas.

A pesar de su convicción de pertenecer a la guerrilla, hacen un reclamo porque sienten que fueron excluidas de los procesos políticos propios de las tres organizaciones que conformaban URNG, de las negociaciones de paz y del contenido de los Acuerdos que se iban firmando. Al dejar la guerrilla por decisión propia, tal como habían llegado, se desligaban casi por completo. Muchas regresaron a sus comunidades, otras fueron a las CPR. Volver significaba carencias económicas y, algunas veces, burlas y hostigamiento por haber dejado de “ser mujeres” vistiendo pantalón y haciendo “cosas de hombres”. Todas tenían miedo de represalias por parte del Ejército. Se sentían desprotegidas sin sus armas y, sobre todo, de nuevo huérfanas²⁴: ni URNG ni el Estado las apoyaba. Recibieron corte, güipil y cinta de parte de amigos o familiares. No tenían tierra ni medios productivos. El sufrimiento al volver era el doble que al dejar la comunidad. Y luego estaba la parte psicológica de recobrar el rol femenino, el nombre, dejar la clandestinidad.

URNG no fue capaz de mantener los contactos, la información, las relaciones ni la cohesión. De ahí que quienes salieron por propia voluntad de las filas guerrilleras luego experimentaran sentimientos de abandono. “A mí no me reconocieron, yo sé de personas que estuvieron en la guerrilla un mes o dos y les dieron apoyos, ese es el problema que tengo con URNG. Se equivocó porque no

24 El sentimiento de orfandad deviene de que, así como la guerrilla era madre, también era padre, en el sentido de proveer lo necesario y ordenar la vida cotidiana, como lo explicaron líderes de Kumool: “(...) tiene bajo su responsabilidad a unas personas y su deber es cuidarlas, orientarlas, darles formación política, trazar planes y plan operativo de ataque. (...) los mandos teníamos que ver lo de la ropa, la comida, el calzado, los tiros, el armamento...” (p. 60).

detectó bien a los que combatimos tantos años ni supo los que fueron heridos, perdieron su pie o su pierna, no se fijó ni se preocupó por todos, mujeres y hombres excombatientes” (*Margarita*, p. 97).

DESEOS Y PRÁCTICAS: RELATOS DE CAMBIO

En el momento de la investigación y en la actualidad, las y los integrantes de Kumool viven en condiciones indignas. Las viviendas carecen de servicios públicos de calidad, la mayoría aún tiene piso de tierra y se cocina con leña en un fuego abierto, lo que afecta la salud respiratoria de la familia. Mientras más alejadas de los centros urbanos, especialmente de Nebaj, más difícil es la vida, haciendo que las familias dependan enteramente de sus cultivos y animales. Saben en carne propia que los Acuerdos de Paz no se cumplieron ni respetaron. Incluso saben que los Tratados de Libre Comercio han deteriorado aún más sus condiciones de vida, así como los proyectos de “desarrollo” de la región relacionados a las empresas extractivas.

La única diferencia que ven entre su vida antes y durante la guerra y el hoy es que ahora no son perseguidos. Para explicar esta desigualdad recurren al discurso revolucionario que pone la responsabilidad en los ricos y los gobiernos, pero no critican el modelo económico ni el sistema clientelar de partidos políticos y gobierno municipal: “Nosotros luchamos por sacar a los ricos, porque ellos tienen nuestra tierra, nos amenazan por pobres y maltratan por indígenas” (*María de León Cobo*, p. 102). Y la lucha que siguen haciendo desde Kumool la hacen sin esconderse y aceptando plenamente su identidad como excombatientes. Por eso, en esta parte utilizamos los nombres y apellidos de cada una de las mujeres que narró su historia.

En el ámbito de las relaciones de género, ven con tristeza cómo no hubo cambios en lo cotidiano, a pesar de que muchas tienen parejas que combatieron junto con ellas. “Los hombres no comprenden que tenemos iguales derechos. Ellos quieren que cada quien siga con su trabajo, nosotras cocinando, atendiendo a la familia, lavando la ropa y los trastos, sacando la basura. Los hombres piensan que no pueden tocar nuestras tareas. Si tenemos libertad de luchar, entonces tenemos que participar en cualquier actividad, en reuniones, en distintos lugares: eso significa libertad para nosotras, significa tiempo” (*María Itzep Acabal*, p. 104).

Pero no todo ha seguido igual. Además de reconocer que sí hay algunos frutos de la lucha armada, como el reconocimiento de los idiomas indígenas y la educación bilingüe, también reconocen un grado de autonomía organizativa. “Ya conocemos un poco de

nuestros derechos, por ejemplo el derecho de participar. Es bueno que nosotras estemos en la organización para que capacitemos a nuestros hijas e hijos, todas las madres lo tenemos que hacer (...). Los hombres siguen mandando, sólo puede haber cambio con los hijos chiquitos (...)" (*Damasia Cha Ceto*, p. 104).

Como se mencionó, hay una Junta Directiva de Mujeres. Desde esta instancia, han diseñado proyectos productivos, por ejemplo, diseñaron un proyecto para tener un bosque energético y buscaron financiamiento. El proyecto no se concretó, pero sirvió como ejercicio de construcción colectiva y para atisbar otros horizontes en cuanto a trabajo y relación con la naturaleza. Incluso la posibilidad de recoger la memoria de ellas como mujeres indígenas combatientes fue una iniciativa propia, a partir de la convicción de la necesidad de no olvidar y del reconocimiento de su lucha, armada y organizativa.

Contra el olvido

Este ejercicio de memoria fue uno de escritura de la vida, porque cada relato inició con la carga sensible, en una primera reunión donde todas lloramos, ellas sobre todo, al volver a pasar por el corazón lo vivido. Pero también reímos, porque se recuerda con todos los sentidos. Ellas narraron, nosotras escribimos, recogimos la pulsión de vida, desde lo más primario hasta lo más visceral. Era recurrente escuchar la frase "lo que viví no se me va a olvidar". Pero sabemos que el olvido es parte constitutiva de la memoria. No pretendemos que los relatos recogidos contengan todo lo ocurrido, ni exactamente cómo ocurrió. Más importante nos pareció recogerlo tal cual podía ser narrado en ese momento, con la intención del reconocimiento. En el relato mediado por las narradoras se fue expresando el contexto social, los códigos culturales, los lazos comunitarios. Se saben mujeres indígenas con un pasado cuyas huellas en el presente las distingue de otras indígenas que también sintieron el impacto de la guerra.

A las mujeres indígenas les cuesta hablar de sí mismas. Ver hacia atrás y relatar lo que han hecho, lo que han sido. Ver hacia adelante y elaborar lo que sueñan, lo que anhelan. En el ir y venir entre pasado, presente y futuro que significa la memoria, aceptando que en la elaboración del relato hay autocensura, embellecimiento, silencios y olvidos, algo que surge con facilidad es la emoción. Rememorar, como proceso compartido, subjetivo, activo y compartido, junto con excombatientes, permitió ubicarlas en su protagonismo histórico, sacarlas de la figura de víctimas. La memoria femenina moviliza los referentes identitarios, tanto de ellas como de nosotras, las que hicimos el trabajo de escritura.

Los esfuerzos en Guatemala por “recuperar memoria” o “reconstruir memoria”, que fueron inmediatamente después de la finalización del conflicto armado (ODHAG, 1998; CEH, 1999), recogieron relatos traumáticos; son compendios de dolor, muerte, miedo. En este esfuerzo, quisimos profundizar en un relato de protagonismo, voluntad y decisión, sobre todo de mujeres, siempre presentes en la historia pero también invisibles por la intersección de clase, etnia y género, en la sociedad y en las filas guerrilleras. A través de las luchas que ocurren en momentos en que el tiempo “normal” se rompe, como en una guerra, y particularmente las luchas de las mujeres o donde ellas participan, adquieren –además de su propósito explícito– una capacidad de trastocar las relaciones de género establecidas²⁵. Al desaparecer, aunque sea momentáneamente, las nociones, concepciones, construcciones y creencias que encierran a las mujeres en el hogar, la libertad para actuar y decidir es también libertad para cuestionar. Esas son las memorias rebeldes.

25 Ver: López Molina (2010 y 2013).

La rebeldía fue ser cómplices a través de la palabra y la escritura, aprovechar para reunirnos y crear un espacio para acabar con el mutismo femenino (impuesto y autoimpuesto). La rebeldía ahora está en narrar, desde la voz y desde el cuerpo, un pasado que interpela al presente.

Epílogo

La relevancia de conocer estas memorias rebeldes es su valor testimonial en la actual coyuntura negacionista por la que atraviesa Guatemala. El 19 de marzo de 2013 se inició el primer juicio por genocidio y delitos contra deberes de humanidad, el primero en Guatemala y el primero en ser juzgado en cortes del mismo país donde ocurrieron los delitos²⁶. Se encontró culpable y se sentenció a Efraín Ríos Montt a 80 años de prisión²⁷.

26 El periódico *Página 12* publicó un artículo al respecto, ver: Rostica (2013).

27 Lo ocurrido en el juicio, la sentencia y la posterior anulación pueden conocerse en FIDH (2013).

La parte acusadora y los testigos fueron todos ixiles. Los Planes Militares elaborados durante los gobiernos de Benedicto Lucas García y Efraín Ríos Montt (1978-1983) que identificaban a los ixiles como enemigos internos estaban diseñados para exterminarlos y para reconcentrar a la población sobreviviente en “aldeas modelo”. Se pusieron en marcha formas de control de la población que incluían mayor presencia militar y reclutamiento forzoso, así como la creación de cuerpos paramilitares conocidos como Patrullas de Autodefensa Civil. El ataque directo y el cerco de la población civil cumplió el objetivo de debilitar al EGP a partir de evitar el apoyo popular. El *Plan Sofía*, diseñado para aniquilar a la población ixil, fue puesto en marcha por la Fuerza de Tarea Guamarkaj. Durante este período el encargado de las operaciones militares en

la región era el kaibil (cuerpo élite del Ejército, reconocido como el más sanguinario), Otto Pérez Molina, actual presidente electo de Guatemala (Organismo Ejecutivo).

Ríos Montt fue juzgado junto con otro militar, jefe de inteligencia de su gobierno, José Mauricio Rodríguez Sánchez. La defensa de ambos no litigó en el juzgado sino que interpuso cuanto recurso le fue posible, entrapando el juicio y llevándolo hasta un limbo jurídico. La sentencia fue anulada, retrocediendo el proceso penal hasta antes del inicio del juicio. Estas artimañas no hubiesen sido posibles sin voluntad política dentro del Organismo Judicial.

El 13 de mayo de 2014, Organismo Legislativo emitió un “punto resolutivo”²⁸ para la “reconciliación nacional”, instando a dejar de lado la discusión sobre la posibilidad jurídica y los hechos que califican como genocidio en Guatemala, porque “polariza a la sociedad”.

Ante un Estado que niega el derecho a la justicia y que sistemáticamente viola el derecho a la vida, la rebeldía es seguir resistiendo desde la memoria. X

28 El punto resolutivo puede consultarse en los diarios guatemaltecos del día posterior, así como en varias páginas de derechos humanos nacionales e internacionales. Dentro del Congreso se realizó un foro para su análisis, organizado por el diputado Amilcar Pop, del partido político fundado por Menchú Tum, Winaq. Se llegó a la conclusión de que el punto resolutivo atenta contra la independencia de poderes, además de no respetar los derechos de los pueblos indígenas.

Bibliografía

AVANCSO (2008). *Concesiones en la región ixil*. Guatemala: AEC-AVANCSO, mimeo.

CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999). *Guatemala, memoria del silencio*. Guatemala: Oficina de Servicios para Proyectos de Naciones Unidas.

Colby, Benjamin y Van den Berghe, Pierre (1977). *Ixiles y ladinos. El pluralismo social en el altiplano de Guatemala*. Guatemala: Editorial José Pineda Ibarra – Ministerio de Educación.

Durocher, Bettina (2002). *Los dos derechos de la tierra: la cuestión agraria en el país ixil*. Guatemala: FLACSO-MINUGUA-CONTIERRA.

FIDH (Federación Internacional de Derechos Humanos) (2013). “Genocidio en Guatemala: Ríos Montt culpable”. Disponible en:

http://www.fidh.org/IMG/pdf/informe_guatemala613esp2013.pdf. Fecha de la última consulta: septiembre 2014.

González Martínez, Dania Yolima (2012). *Papel de la organización de naciones unidas ONU (MINUGUA) en el proceso de reconstrucción posconflicto guatemalteco en materia de justicia transicional (1994-2004): Un estado del arte*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Disponible en:

<http://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/4311/1010181150-2012.pdf?sequence=3>. Fecha de última consulta: noviembre 2014.

Hernández Alarcón, Rosalinda; Carrillo Samayoa, Andrea; Torres Urizar, Jacqueline; López Molina, Ana; y Peláez Aldana, Ligia Z. (2008). *Memorias Rebeldes contra el Olvido, PaasantzilaTxumb'al Ti' Sotzeb'alK'u'l*. Guatemala: laCuerda-Plataforma Agraria-AVANCSO.

- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2006). *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida ENCOVI*. Guatemala: INE.
- López Molina, Ana (2010). “Desafiando al patriarcado desde las luchas campesinas”. En: Observatorio Latinoamericano 3, Dossier Guatemala. Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Pp. 70-76.
- López Molina, Ana (2013). “Narraciones de participación política y ciudadanía desde la memoria de las mujeres del campo en Guatemala”. En: Anuario de Estudios Centroamericanos, Vol. 39. Costa Rica: Instituto de Investigaciones Sociales- Universidad Nacional de Costa Rica. Pp. 91-109.
- Mazariegos, Juan Carlos (2007). *De la historia rebelde a la pacificación política: luchas, rebeliones y movimiento campesino en Guatemala (Ensayo de sociología histórica)*. Tesis de grado, Guatemala: Escuela de Ciencias Políticas-USAC. Disponible en: http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/28/28_0341.pdf. Fecha de última consulta: noviembre 2014.
- ODHAG (Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado) (1998). *Guatemala nunca más. Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI)*. Guatemala: ODHAG.
- PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) (2005). *Informe nacional de desarrollo humano. Diversidad étnico-cultural: la ciudadanía en un Estado plural*. Guatemala: PNUD.
- Roldán, Úrsula (2009). *La experiencia de la Comunidad la Florida y la Reforma Cafetalera. Propuestas que rompieron esquemas de lucha*. Guatemala: Pastoral de la Tierra Interdiocesana. Disponible en: <http://digi.usac.edu.gt/sitios/historia/uploads/3/2/8/3/3283057/laflorida.pdf>. Fecha de última consulta: noviembre 2014.
- Rostica, Julieta (2013). “Ríos Montt: el juicio por genocidio”. En: *Página 12*, 19 de marzo 2013. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-216074-2013-03-19.html>. Fecha de última consulta: noviembre 2014.
- Rostica, Julieta (2014). “La resistencia al genocidio en Guatemala: de la infrapolítica de las comunidades indígenas (1982-1983) a la salida a la luz pública de las comunidades de población en resistencia (1990-1991)”; en: De Gori, Esteban y Rostica, Julieta (eds.) *Centroamérica. Política, violencia y resistencia: miradas históricas*. Buenos Aires: Nueva Trilce. Pp. 71-94.
- Salvado Mijangos, Luis Rodrigo (2003). *Violencia estatal y destrucción cultural: el caso de Tuxubuc, Nebaj, Quiché, 1982*. Tesis de grado. Guatemala: Escuela de Historia-USAC. Disponible en: http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/14/14_0338.pdf. Fecha de última consulta: noviembre 2014.